

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



Horizonte manchego

SALIA yo descamisado, abrasado, para ir a la estación, en Cinco Casas, una siesta de Agosto.

Cinco Casas es una aldea pequeña, que vive echada a los haces de una carretera, en la misma cuneta, tostada y curtida por el sol, por los aires y los hielos.

Un hombre extraño, joven, alto, vestido de ciudad, aunque pobre, me preguntó si faltaba mucho para Argamasilla. Se lo dije, siguió y lo contemplé. Lejos, lejísimos, se veía otra figura de hombre, diminuta, como un punto en el horizonte. El más próximo seguía a su paso. La chicharra entonaba su canto monorrítmico. El aire traía bocanadas de fuego. El hombre extraño tendría la sensación de ir a dar a una sima infernal al borde de la inmensidad, que veía por delante, y se volvió.

Llevaba cara de asustado, espantado, como un loco, por la sequedad; los pelos por la cara y los cañones del pantalón pegados a la carne, el camión lleno de tierra; debía oler a tostado.

Los cardos de la cuneta cubiertos de polvo, retenían entre sus pinchos agudísimos las pajas y pelindrajos arrastrados por el viento.

Las piedras, enterradas, no se podían tocar, quemaban, como el suelo. Sin verse, confundidas con el color del terreno, se percibía el correr de las ondulantes lagartijas.

La cinta blanca de la carretera se perdía de vista.

La línea reverberante del horizonte aparecía recortada por el caserío de «Hermosura».

Costaba trabajo respirar.

Se levantó un alto remolino de tierra en la carretera y cuando se pasó, quedó todo sereno, solitario, de una blancura deslumbrante y ardiente que daba sofocación.